

Las edecanes del mal

Itala Schmelz

¡Que nadie se entere de que hice una película de luchadoras!, me dije, pero me llevé una sorpresa agradable porque fue un éxito y ¿sabes? todo el mundo se enteró, igual que con las de El Santo. Otras películas con argumentos “dizque” más serios y profundos no tuvieron el éxito popular que tenían estas películas. Entonces, me pregunté cómo no aprendí a hacer llaves y hacer como Gori Guerrero, como El Santo y todos ellos.

Lorena Velázquez, 2003

Desde los comienzos del cine, la carnalidad lujuriosa del sexo femenino ha sido parte de la fórmula perfecta del éxito en taquilla, aderezo particularmente común en los argumentos más cargados de acción y de violencia. Elemento, asimismo, sobreexplotado en el género de los luchadores. Productos nacionales que auténticamente expresan el gusto de los mexicanos por lo exuberante, redondo y grande. En este tipo de cine, abundan cuerpos esculturales apegados a los caricaturizados en los cómics y exagerados por los *pin-ups*, de donde son deliberadamente importados.

El cine de luchadores lleva a la pantalla los rituales de la arena. Es un género completamente híbrido que retoma elementos del melodrama, la comedia, el horror y la ciencia ficción, articulándolos en un singular pastiche que representa, en concreto, lo simbólico de la pelea, es decir, la batalla del bien contra el mal: Máscara contra Cabellera. Conflicto maniqueo que, a través de la película, se resuelve en epopeyas donde el luchador se enviste de la figura mítica del superhombre, con amplios conocimientos científicos y usuario de alta tecnología, agente especial, investigador privado y el único capaz de enfrentar poderes sobrenaturales.

Si la lucha es un ejercicio de sometimiento, subyugación y ultraje, cuando esto se desplaza a la pantalla y aparece el factor femenino, el asunto alcanza una denotación sexual sumamente excitante. No es lo mismo un laboratorio con

maquinarias sofisticadas y seres deformes, que un laboratorio con maquinarias sofisticadas, seres deformes y una linda chica atada, semidesnuda, desmayada sobre una camilla, indefensa, con toda su sensualidad a la disposición del mal. Mientras el carmín de los labios se mantiene intacto, el vestido ha sufrido los precisos desgarres que amplían el escote y dejan las piernas al desnudo. Aun bajo la mayor tensión y peligro, la atracción sexual (el asomo a los pechos) tiene lugar.

En realidad, en estas películas, los que se tocan entre sí son los hombres, cuerpo a cuerpo se baten dentro y fuera del *ring*. Sobre las mujeres hay un constante escaneo morboso, frases sugestivas, calentura, pero poca acción física. Lo sugerido, el deseo que fluye entre los cuerpos, puede ser más excitante que lo pornográfico. La inscripción del elemento erótico produce una excitación que atraviesa transversalmente toda la trama y sostiene, como factor perverso e indirecto, la atención del espectador. La mirada libidinosa sobre el cuerpo femenino es, a su vez, metáfora del espectador de cine: el deseo se activa por la mirada.

La tentación como móvil principal, especie de sustancia afrodisíaca, puede llegar a la latencia sádica, estar cercana a la tortura. Agresión y frenesí, flagelación y blasfemia, sangre y dolor, quedan implícitos, si no manifiestos, en algunos de estos rodajes. ¿Qué es lo que une inconscientemente al sexo bello con la tecnología, el horror y la violencia? En *El Santo en el Museo de Cera* (1963) una bella reportera es secuestrada por el doctor Karol para convertirla en *mujer pantera*, un engendro más dentro de su colección de monstruos que no son de cera, sino auténticos muertos vivientes. “Tienes que pagar tu crimen de ser bella, pronto dejará de existir tu maldita belleza”, dice con demencia el cirujano, mientras prepara los ácidos que harán áspero “tan hermoso cutis, suave como pétalo”, “¡La boca perfecta se convertirá en una mueca deforme!”, exclama exaltado Claudio Brooks, en su papel. Sin lugar a dudas, las fantasías sexuales no están hechas del mismo material que el orgasmo, el acto amoroso se resuelve en el diálogo directo de los cuerpos mientras que el horror erótico está lleno de fetiches, excitación pervertida por una calentura meramente fantaseada, zozobra alucinatoria de una fiebre mental.

Como es bien sabido, solamente pueden existir dos tipos de mujeres, las santas y las putas. Cuando no son Evas en peligro —mascotas adorables, deslumbrantes circes, iconos sacros en las garras del mal, a punto de sacrificar su

virginidad para salvar al mundo— son mujeres invasoras violadas por seres *contra natura*, monstruos repugnantes que acercan sus bocas viscosas al nacimiento de sus senos. El poder de la sensualidad femenina se presenta como la otredad amenazante del mundo *de y para* los hombres, la plaga más temida por una sociedad patriarcal: ¡no hay ente más diferente! Estas damas sospechosas suelen ser científicas extranjeras, amantes de villanos, viudas negras, mujeres vampiro, extraterrestres, amazonas, mataharis, sibilas, hijas de Lilit (la mujer negada por Adán), cofradía de malditas.

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 27. Lucha Libre*
México, Centro de la Imagen/Conaculta/Cenart, 2003.